

ALFAGUARA INFANTIL

# El tesoro escondido y otras fotos de familia

Silvia Schujer

Ilustraciones de PEZ



ALFAGUARA

© 2005, SILVIA SCHUJER

© De esta edición

2005, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-987-04-0122-3

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de edición argentina

Impreso en México. *Printed in Mexico*

Primera edición: abril de 2005

Novena reimpresión: enero de 2011

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:

MARIA FERNANDA MAQUIEIRA

Diseño de la colección:

MANUEL ESTRADA

Una editorial del Grupo **Santillana** que edita en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Colombia

Costa Rica • Chile • Ecuador • El Salvador • EE.UU.

Guatemala • Honduras • México • Panamá • Paraguay

Perú • Portugal • Puerto Rico • República Dominicana

Uruguay • Venezuela

Schujer, Silvia

El tesoro escondido : y otros relatos de familia - 1a ed. 9a reimp. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2011.

88 p. ; 20x12 cm. (Naranja)

ISBN 978-987-04-0122-3

1. Narrativa infantil Argentina I. Título  
CDD A863.928 2.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

SILVIA SCHUJER  
Libros a Bordo  
MUESTRA S/VALOR COMERCIAL

# El tesoro escondido y otras fotos de familia

Silvia Schujer

Ilustraciones de PEZ



ALFAGUARA

*A mis primas  
Irene y Nora*

“¡Qué primor!”, decían todos cada vez que llegaba una foto de la nena. Todos eran: mis abuelos, mis padres, ciertos tíos, los vecinos y cualquier incauto que pasara por ahí y aceptara mirar esa foto. La nena era nuestra prima. La hija de la hermana de mi mamá que se había casado con un extranjero, se había ido a vivir con él a su país y, desde entonces, no había vuelto más: por la distancia, por el trabajo del marido y sobre todo por la nena, a la que cuidaba con paciencia de orfebre.

La última foto de la nena había llegado hacía poco y la verdad es que, a juzgar por mi aspecto y el de mis dos hermanas, la prima parecía una especie de angelito bienhechor. Tan prolija, tan bien vestida, tan sonriente y con los dientes tan parejos. Tan distinta de nosotras —repetía mi mamá con cierto pesar— que teníamos la boca llena de fierros por los malditos aparatos, la nariz tapada cada dos

por tres, la ropa siempre salida de su sitio exacto y la cabeza peinada a lo plumero.

Pero nada de esto duraba demasiado. Porque una vez que pasaba el furor de ver a la nena en la foto recién llegada, todos los parientes seguían su vida normal y nosotras (mis hermanas y yo) también. Volvíamos a ignorar los espejos y a esa carita de ángel que nos miraba desde el retrato y que, de haber podido, más de una vez hubiéramos llenado de cuernos y bigotes como nos gustaba hacer con las fotos de las revistas.

Hasta que un día la nena cumplió once años (la edad de mi hermana del medio) y el cartero nos trajo la noticia. Que la prima vendría de visita en las vacaciones de invierno. ¿Con sus padres? No, sola (como le había recomendado la psicóloga a la pesada de mi tía). ¿A un hotel, a lo de los abuelos? Tampoco. El primor llegaría en avión al aeropuerto y de allí directo a mi casa, donde compartiría siete hermosos días con nosotras. ¿Por qué hermosos?, nos preguntábamos. ¿Por qué anticiparse a lo que ocurriría, con esa palabra tan ñoña?

La noticia, como se ve, no pudo habernos caído peor. Para colmo, desde que mis padres la recibieron y nos la transmitieron a nosotras, el

modo de vida en la casa se transformó por completo: vendría un angelito educado cual piedra preciosa y habría que ponerse a la altura.

A partir de entonces y, para adquirir mejores hábitos, éstas fueron las reglas que se nos impusieron: nada de andar haciendo ruidos raros al sorber la leche, nada de meterse las tres juntas en el baño para hacerse compañía, nada de pelearse como fieras por una última porción de torta, nada de poner el volumen de la música como si todos en la casa fueran sordos, nada de usar los dedos de pañuelo y mucho menos las mangas, nada de malas palabras entre hermanas y nada de muchas otras cosas que hacían a las delicias de nuestra vida.

“A ver mis señoritas”, empezó a llamarnos mi mamá todas las mañanas antes de que saliéramos al colegio. Y acto seguido nos torturaba un buen rato con el peine hasta no dejarnos un solo pelo capaz de rebelárseles a las hebillas.

“A ver mis mujercitas”, empezó a decirnos mi papá. Claro que menos convencido porque se le notaba a la legua que recibía instrucciones y que una de ellas había sido dejar de jugar al fútbol con nosotras. Al menos por un tiempo.

Hasta que por fin el día llegó —un domingo—, la prima también y con ella no sólo las vacaciones, sino —sobre todo— el aliciente de que a partir de entonces quedaba una sola semana para que el primor se fuera y volviéramos a la normalidad.

Apenas la instalamos en su habitación, que no era otra que la nuestra (aunque no se notara por el orden), empezaron a tocar el timbre los parientes.

—¡Qué tesoro! —decía cada uno que entraba y que, al verla, le retorció los cachetes.

—¡Qué dulzura! —repetía mi abuela y nos miraba de reojo a nosotras para que hiciéramos que sí con la cabeza. Y así toda la santa mañana hasta que mis padres —a media tarde y fritos de cansancio— echaron a la parentela con la mayor educación que pudieron y se fueron a dormir una siesta.

No bien nos quedamos solas en el cuarto, la nena —que se veía tan linda como en las fotos— nos abrazó a mis hermanas y a mí, nos contó veintidós chistes verdes que se había anotado en la que llamaba su secreta LP (Libreta Puerca) y nos propuso, para esa misma noche, enseñarnos a jugar al

póquer. “Pero apostando plata”, nos adelantó. Por lo cual las tres tuvimos que recurrir a nuestros ahorros y a recolectar monedas por todos los rincones, cosa que apenas logramos porque en mi casa no suele haber un peso ni partido al medio.

Al día siguiente, antes de almorzar, cara de ángel se ofreció gentilmente a poner la mesa, para orgullo de su tía que no podía creer semejante actitud. Y todo fue muy emotivo hasta que apenas empezamos a comer y mi madre se distrajo con la tele, la nena nos mostró a mis hermanas y a mí cómo se metía un fideo larguísimo en la nariz y después lo dejaba colgar como un moco.

Fue tanta la gracia que nos causó y tal el esfuerzo que hicimos para reírnos en silencio, que no pudimos imitarla de entrada. La primera que lo intentó fue la más chica, con tanta mala suerte que mi madre justo se dio vuelta, la vio meterse el tallarín en la nariz y casi nos mata. A la nena no, a nosotras: sus tres tiernos retoños. Al final contuvo su impulso para no quedar mal con la invitada ilustre y sólo nos fulminó con la mirada.

“Aprendan un poco”, nos retaba en esos días poniéndonos de ejemplo a la primita. Y nosotras no decíamos nada porque, a diferencia de lo que

habíamos tramado antes de conocerla (arruinarle las vacaciones) ahora estábamos encantadas con el primor de prima que nos había tocado. Con su buen humor y su infinito ingenio para hacer lo peor sin que a su cara de ángel se le moviera un gesto.

“A ver si aprenden un poco”, repetía ciegamente mi mamá. Y la verdad es que de todo lo que compartimos con nuestra prima durante su corta visita nos quedó alguna enseñanza: cómo disimular la mugre de las uñas, por ejemplo. O poner bizcos los ojos. Cómo subir a un ascensor automático y tocar los botones de todos los pisos un segundo antes de bajar. Cómo fabricar lágrimas, hipo, dolores y, sobre todas las cosas, qué cara poner en las fotos, para que sus padres (los de ella y orgullosos) nos inviten un día a las tres.



## TÍO NÉSTOR COCINA LOS VIERNES



**E**n mi casa somos muchos. Entre chicos y grandes llegamos a diez. Mi abuela y mi abuelo, mis padres, el tío Néstor (que se quedó sin trabajo y no le alcanza para vivir solo) y nosotros: mis cuatro hermanos y yo.

En casa todos hacemos algo, quiero decir, además de estudiar o trabajar (o buscar trabajo, como mi tío Néstor).

Tenemos tareas fijas: las personales y las familiares. Las personales son las que cada uno hace para sí mismo como ser tenderse la cama, lavarse la ropa chica o ponerse los cordones en las zapatillas. Las familiares, en cambio, son las que cada uno tiene que hacer para los otros. Mi abuela —por ejemplo— cocina. Mi papá lava los platos, mi mamá limpia, el tío Néstor plancha, yo pongo la mesa, etcétera.

Nuestra organización es perfecta, como se ve. Hoy, sin embargo, tenemos que resolver un problema. Un serio problema familiar.

Resulta que el tío Néstor, muy agradecido de poder vivir en casa, pidió que lo dejáramos hacer para la familia algo más que planchar (eso le parecía poco), y como a nadie se le ocurría qué decirle, él mismo eligió su quehacer: se puso de acuerdo con la abuela para preparar la comida una vez por semana y desde entonces cocina los viernes. De esto, ya va para un mes.

Al principio la idea nos pareció genial. Que el tío Néstor cocinara los viernes le daría un descanso a mi abuela de manera que no había razón para oponerse. Hasta que llegó el primer viernes, claro, y empezamos a cambiar de opinión. El pobre confundió la sal con el azúcar y sirvió un puré de papas tan dulce que casi se vuelve merengue. Para no ofenderlo hicimos lo posible por tragar esa pasta y el tema no fue más allá.

E viernes siguiente la cosa se puso más seria. El tío confundió las ciruelas con los tomates, las piedritas del gato con el arroz, las lentejas con

los granos de pimienta y cuando probamos el guiso ¡páfate! Mi abuelo se desmayó.

La cosa se fue agravando hasta que ayer a la noche pasó lo peor. En vez de orégano el tío puso yerba en la pizza y cuando mi mamá la mordió tuvo que ir corriendo al baño y no pudo salir hasta hoy.

Ahora estamos todos reunidos —menos el tío— pensando qué trabajos ofrecerle en la casa para que no se deprima. Vamos a decirle que lo necesitamos mucho para otras tareas así vuelve a cocinar mi abuela. La mejor idea que tuvimos hasta el momento es proponerle que elija buena música para escuchar cuando comemos. Sobre todo a la noche. Otra posibilidad es encargarlo de las flores, que siempre haya un jarrón sobre la mesa. O de los chistes, que a él tanto le gusta contarnos. Aunque ahora que lo pienso no hay nada como la verdad: ¿qué tal si le decimos que nos encanta que viva con nosotros? Pero eso sí: que se haga ver de la vista, ¿no? O se consiga unos anteojos.

## GRAN HERMANO



Me lo preguntaron como veinte veces. Y yo les contesté las veinte veces lo mismo: que sí, que me animaba. Que a los doce años pasar una noche sin los viejos no era nada del otro mundo y que yo podía hacerlo.

Y que podía hacerme cargo de la insufrible bola de plomo de mi hermana. Y que ante cualquier problema llamaba al portero.

Eso y mucho más les aseguré a mis padres aquella noche. Cuando me despertaron a eso de las once y me preguntaron de tantas maneras distintas si yo me animaba a quedarme solo en la casa mientras ellos –por alguna razón que entonces no dieron pero que se les notaba en la humedad de los ojos– se iban hasta el día siguiente.

Entonces nos despedimos y cerré la puerta por dentro. Escuché el ruido del ascensor cuando llegaba a la planta baja y, a los dos segundos,

los pasitos de mi hermana (ya dije que era insufrible) caminando hacia donde estaba yo. ¡Qué pesada! Siempre encima, siempre detrás.

—¿Adónde se fueron? —me preguntó entonces.

—Ni idea —le contesté haciéndome el responsable— salieron un ratito.

—Mentira —dijo ella—. Hasta mañana no vuelven.

—¿Y vos cómo sabés? ¿No estabas durmiendo?

—No —dijo—. Estaba esperando a los Reyes.

—¡Cierto! ¡Los Reyes! —murmuré—. ¡Nos habíamos olvidado!

—¿Quién se había olvidado? —me apuró el monstruo—. Yo no. Y vos tampoco porque tus zapatos ahí están.

Los que se habían olvidado eran ellos, me acuerdo que pensé entonces. Preocupados como estaban, se habían ido sin dejarme ningún tipo de recomendación sobre el asunto y esa noche venían los Reyes. ¿Qué hacía yo con una hermana que todavía dejaba el agua para los camellos? ¿La sentaba en mis rodillas y le contaba? ¿La mantenía despierta

unas cuantas horas más para que después se durmiera hasta que llegaran mis padres? ¿Me hacía el tarado y dejaba los zapatos vacíos?

Como no se me ocurría nada, lo primero que hice fue acompañar al pequeño plomo a la cama y leerle ese cuento de las uvas que tanto le gustaba. Quería que el sueño la venciera de una vez por todas así yo podía dedicarme a pensar tranquilo.

Cuando conseguí que planchara, fui a la cocina y decidí tres cosas. Primero, tomarme un vaso de leche, segundo prepararme un sándwich y tercero, revisar los placares de mis padres (y los del resto de la casa) para ver si encontraba los regalos.

Después que hice todo (las dos primeras cosas con éxito y la tercera, no) me puse a caminar como un preso de un lado a otro del departamento sin ninguna idea clara en la cabeza. En eso estaba cuando de repente encontré un papelito doblado en cuatro sobre una cómoda y lo leí: *Queridos Reyes Magos* —decía, y enseguida me di cuenta de que la letra era de mi mamá—. *Mi nombre es Melina* (ése es el nombre de mi hermana). *Voy a cumplir seis años y quisiera dos lindos vestidos para mi muñeca Mirta y un mazo de cartas para jugar con mi*

*hermano. Espero que el viaje en camello les haya parecido muy precioso. Un beso y gracias. Melina.*

Cuando terminé de leer sentí que el mundo se me caía encima ¿Por qué justo a mí tenía que pasarme eso? ¿Con qué cara iba a mirar yo a la más insoportable de las criaturas, cuando a la mañana abriera los ojos y en los zapatos no encontrara nada? ¿Qué le iba a decir, que los Reyes se habían retrasado, que a Melchor le había dado una descompostura en el camino? ¿Desde cuándo a los Reyes —que eran tan magos— podían pasarles esas cosas tan humanas? No, no y no, me acuerdo que pensé. Pero ¿qué hacer?

Como no se me ocurría nada mejor y como —además— jamás hubiera salido a comprar algo tan cursi como vestidos para muñecas, tomé una decisión y me puse a trabajar sin perder un minuto. Saqué un viejo mazo de cartas que había en el cajón de mi mesa de luz y agarré la cartuchera con lápices y marcadores que me habían quedado del año anterior. Corté unas hojas de cartulina en cuarenta rectángulos iguales —lo más iguales que me salieron— y me senté en la mesa de la cocina a dibujar.

Durante toda la noche copié cada una de las barajas españolas (así las llamaba mi abuela) en

cada uno de los rectángulos hasta que armé un mazo completo. Siempre fui bueno para el dibujo pero debo confesar que los reyes, los caballos y las sotas me costaron un montón.

La cuestión es que a eso de las seis de la mañana el regalo estaba listo y lo envolví como pude. Lo puse en los zapatos de mi hermana —en los míos un lindo paquete de galletitas que encontré en la alacena— y me acosté a dormir desmayado de cansancio.

Cuando al día siguiente me desperté —bueno, ese mismo día, pero a eso de las diez— mi hermana estaba sentada a los pies de mi cama, mostrándole a su muñeca preferida (Mirta) cada una de las cartas del mazo que le habían traído los reyes. Eso escuché. Apenas le dije hola, el plomo se me tiró encima, me llenó la cara de besos babosos como un perro (¡ajj!) y me exigió que mirara mis zapatos.

Fingí cierta sorpresa cuando vi las galletitas y más sorpresa aún cuando ella me mostró su regalo.

—¡Qué lindo! —le dije lo mejor que pude—. ¿Te gustan?

—¡Me encantan! —respondió sosteniendo el mazo en su mano—. Pero no sé jugar.

Entonces me levanté, las llevé conmigo a la cocina —a mi hermana, a las galletitas, a la muñeca y a las cartas— serví dos vasos de Coca y empecé por los palos.

—Éstos son los oros —dije—. Las copas, los bastos y las espadas.

Ahí estábamos cuando llegaron mis padres y nos abrazaron aliviados.

—Parece que esta vez los Reyes sufrieron un retraso —dijo rápido mi mamá para solucionar lo que habría imaginado como un drama.

Entonces mi hermana le contestó que por casa ya habían pasado.

Y es el día de hoy (una semana más tarde) que todavía me pregunto: mi hermana: ¿es tarada o es más viva que todos nosotros? No sé. En cualquier caso, el tío que se accidentó aquella noche de Reyes, ya está mucho mejor.



*A mi hermano*

## LA ÚNICA DAMA





**E**n el departamento somos cinco: los cuatro muchachos y yo. Vivimos tranquilos desde hace unos años y aunque algunos vecinos opinen lo contrario, somos una hermosa familia.

Ellos —los cuatro— tienen nombres parecidos pero los sé distinguir: Alberto es el más alto, el que anda siempre descalzo y el que —al decir de los otros— come como un hipopótamo. Roberto es el melenudo. El que se cambia de color el pelo todo el tiempo y cuando lo tiene amarillo parece un león.

Heriberto es el que grita. El de la voz fuerte pero las manos más suaves. El encargado de llamarme cuando me alejo.

Humberto es el de anteojos. El que cada dos por tres los pierde y entonces, como no ve nada, se lleva el mundo por delante: animales, objetos y damas.

Alberto, Roberto, Heriberto y Humberto nacieron todos en el mismo pueblo. Fueron compañeros de colegio y cuando llegó la hora de elegir una carrera universitaria, decidieron venir juntos a vivir a la ciudad.

A mí me gustan los cuatro. Cada uno con sus manías, con sus pelos, sus voces, sus vicios, sus pies y sus olores.

Les critico el orden; nunca encuentro una cama deshecha donde echarme a dormir.

Mi vida en familia es de lo más llevadera. De lunes a viernes desayunamos temprano. A esa hora estamos todos con cara de sueño y, aunque tomamos la leche en silencio, podemos sentir el calor de estar juntos. Después, cada cual a su juego: los muchachos se van yendo de a uno a la facultad (el que entra más temprano tiene el primer turno para bañarse) y yo me quedo sola con la casa a mi disposición. Con la casa y con todos los pares de medias que han dejado desparramados. Entonces entro, salgo; siempre queda abierto el lavadero.

De tarde, cuando el movimiento de los ascensores se hace más intenso y los rayos del sol más leves, los muchachos empiezan a llegar. Alguno prende la tele, otro se instala en la cocina, alguno se

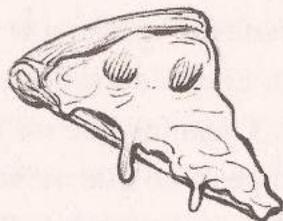
lleva un libro al baño y se olvida de salir; el menos cansado se ocupa de las compras...

Y todo transcurre más o menos así hasta que llega el fin de semana y el orden se altera por completo: se vuelve más difícil saber cuándo es de día o de noche, nadie sube una persiana, se duerme a destiempo, se come a cualquier hora y, a veces, hasta se llena de gente la casa.

Nada de esto me incomoda: ni el orden ni el desorden. Ni la rutina ni el fin de semana. Ni las camas bien hechas ni la comida sin sal. Lo que en verdad no soporto es el fútbol. Ese juego que ven por la tele. Empaña la armonía familiar. Y no porque no me guste lo que muestra la pantalla. En ese sentido me da igual cualquier cosa: mil hombres corriendo detrás de una pelota o un capítulo de los Simpson. Lo que no tolero del juego es cuando viene con preparativos. Cuando antes de que empiece la transmisión los cuatro muchachos llenan la casa con banderas y se ponen unas camisetas celestes y blancas, exactamente iguales a la que me ponen a mí. Y ¡ajo!, no es que no soporte que me pongan una camiseta. Digamos que no me encanta pero tampoco es lo peor. Lo que me saca de quicio, me eriza los pelos y me crispa las uñas es que en esas

situaciones, durante noventa minutos, me obliguen a estar sentada con ellos. A estar sentada y a soportar que me tiren al aire y en el aire me agarren –una, otra y otra vez– cada vez que festejan un gol.

Seguido no pasa. Pero pasa. Y si mi olfato no me engaña, hoy es uno de esos días en los que va a pasar. Ya los he visto esta mañana sacando unas banderitas y comprando prepizzas para meter esta noche en el horno. Ya los he visto con el queso y las bebidas. Y aunque tenga que renunciar a las aceitunas que siempre ligo por demás en estos casos, mi decisión es irrevocable. Amo a esta familia que tengo como a nada en el mundo y no estoy dispuesta a perderla por un mísero partido de la selección. Me voy antes de que lleguen y me quedo en un tejado hasta mañana. Que me busquen. Que piensen. Que revoleen otro amuleto por el aire. Que aprendan a tratar a una dama. Miau.



## ÉRAMOS POCOS



El papá de mi papá había quedado viudo hacía algunos años. La mamá de mi mamá también. O sea que mis hermanos y yo teníamos abuelo y abuela, pero por separado.

Por separado es una forma de decir ya que, por el contrario, esta situación provocó un insólito compacto familiar. Y es que en vez de invitar a mi abuela por un lado y a mi abuelo por otro —como era la costumbre de los domingos—, un día mis padres decidieron invitar a los dos viejos juntos, creyendo que de esa manera los ayudaban a sentirse menos solos.

El papá de mi papá y la mamá de mi mamá ya se conocían de antes. Desde antes de haber quedado viudos. Se habían visto en el casamiento de mis padres —es decir, sus hijos— y en algunos cumpleaños. Hasta entonces, sin embargo, ninguno había reparado mucho en el otro: por ridículo

que parezca, en las reuniones familiares las mujeres solían juntarse con las mujeres y los hombres con los hombres.

Tal vez por eso, hasta que quedaron viudos y empezaron a encontrarse los domingos en mi casa, lo que mi abuelo pensaba de la mamá de mi mamá era vago: que era una linda señora, que tenía una risa demasiado fuerte para su gusto y que era un poco rara en su manera de vestir: andaba siempre repleta de colores como un árbol de Navidad.

Por su parte, lo que mi abuela pensaba del papá de mi papá tampoco era muy profundo: que el viejo parecía un buen tipo y que —para su gusto— le sobraba bastante nariz (decía eso y se reía fuerte).

La cuestión es que, a partir de que mis padres empezaron a invitar siempre a los suyos para que vinieran a casa al mismo tiempo, los abuelos empezaron a tratarse.

Al principio, sólo conversaban en la mesa y después cada cual se volvía a su departamento. Unos meses más tarde, se llamaban por teléfono

antes de visitarnos y se ponían de acuerdo para pasarse a buscar uno al otro. Al año eran grandes amigos y, según nos lo hicieron saber una vez, se habían anotado los dos en un curso de Historia del Arte o algo parecido.

Todo iba de maravillas hasta que un domingo, la mamá de mi mamá llamó temprano a casa para avisarnos que ese día no vendría a almorzar y que el papá de mi papá tampoco porque los dos asistirían a una reunión con sus compañeros de curso.

De entrada, la noticia no causó ningún efecto especial. Nada. Pero a la semana siguiente, la cosa cambió. Se celebraba mi décimo cumpleaños y, para empezar, mi abuelo y mi abuela llegaron más tarde que el resto de los invitados grandes. Para seguir, se la pasaron de secretito en secreto durante toda la fiesta y, para terminar, ¡por qué no decirlo!, a la hora de irse a sus casas, a los dos se les notó la copita de sidra que habían tomado de más. Daba la bochornosa impresión de que en los ojos tenían burbujas.

Mi mamá y mi papá que casi nunca discutían, esa noche se pelearon como perro y gato.

—¿Desde cuándo a tu papá le gusta la Historia? —preguntó mi mamá enojadísima.

—¿Y desde cuándo tu mamá toma sidra?  
—contraatacó mi papá.

—¿No te parece que tu padre está un poco vejete para andar haciéndose el galán?

—¿Y no te parece que tu madre está un poco jovata para ponerse esos trapos de colores que usa en vez de vestidos?

De terror. La noche de mi cumpleaños terminó muy mal y creo que de no haber sido por el cansancio que teníamos todos, hubiera terminado peor. A partir de estos hechos, igual, las cosas cambiaron para siempre.

La decisión más importante que tomaron mis padres cuando volvieron a dirigirse la palabra fue suspender los almuerzos conjuntos. Empezaron a invitar de nuevo a cada abuelo por separado y santo remedio. Uno por domingo.

Las dos primeras semanas ninguno hizo un solo comentario (ni la mamá de mi mamá cuando vino, ni el papá de mi papá cuando le tocó su turno). Pero el tercer encuentro de esa etapa, volvió a modificar la situación: fueron los propios abuelos quienes nos invitaron a nosotros a comer a un restorán.

—Tenemos algo que decirles —empezó mi abuelo.

—Algo muy importante —siguió mi abuela, y ahí la comunicación se interrumpió un buen rato porque a mi mamá se le atravesó un raviol en la garganta y mi papá se volcó encima lo que estaba tomando.

—La abuela y yo estamos de novios —retomó el papá de mi papá levantando su copa e invitando a la mamá de mi mamá a que hiciera lo mismo.

—Y muy contentos —agregó ella— hasta pensando en casarnos.

Entonces los demás nos quedamos petrificados: mudos y duros como rocas, patitiesos y espantados, estáticos y stupidizados, con la horrible sensación de que en poco tiempo mis padres se convertirían en algo así como hermanos y eso era más de lo que podíamos soportar.

Y en eso estábamos, paralizados tras el bombazo, cuando de repente se acercaron a nuestra mesa un señor y una señora de lo más emperifollados y, aunque un poco tímidos al principio, se arrimaron con decisión a los abuelos: él a la mamá de mi mamá y ella, al papá de mi papá.

—Ella es Ester —dijo mi abuelo señalando a su novia.

—Y él es Fernando —carraspeó mi abuela y se abrazó al señor.

Entonces mis padres se miraron, se levantaron de sus asientos medio avergonzados y bastante aturdidos, saludaron a los futuros parientes y agregaron otras sillas a la mesa.

—A la salud de los novios —dijo mi hermana. Y todos levantamos nuestras copas.



## FAMILIA EN CADENA



Soy Lila.

De lunes a viernes vivo en un departamento con mi mamá y su marido: Juan. Los sábados y domingos, con mi papá y su mujer: Alicia.

De lunes a viernes, Pedro (mi papá) y Alicia (su mujer) viven también con Lucía, que es la hija de ella. Los sábados y domingos Lucía se va con su padre, que si mal no recuerdo se llama José.

Los fines de semana, cuando yo voy a la casa de mi padre y Lucía se va a la del suyo, a mi casa viene Diego, que es el hijo de Juan, el marido de mi mamá.

De lunes a viernes Diego vive en un departamento con su madre que se llama Perla y el marido de Perla, que se llama Jorge. Perla es la ex esposa de Juan.

Jorge tiene un hijo que se llama Jerónimo y que, de lunes a viernes, vive con su madre que

no sé cómo se llama. Los fines de semana, cuando Diego viene a mi casa, yo voy a la de Lucía y Lucía visita a su padre, Jerónimo va a lo de Diego.

¿Se entiende hasta acá?

Usar la habitación de Lucía cuando ella se va a lo del padre no es lo que más me gusta pero tampoco me resulta insoportable. Mi papá se ocupa muy bien de que yo me sienta cómoda y garantiza que todo esté en orden cuando llego: que en mi cama de su casa no haya ropa de Lucía, por ejemplo, y mucho menos esos horribles muñecos de trapo que colecciona como si tuviera tres años.

Que Diego venga a mi casa y sea dueño de mi pieza cuando yo voy a lo de Lucía y me instalo en la suya, tampoco me joroba demasiado. Después de todo el pobre tiene derecho a visitar a su padre y no lo van a hacer dormir en el comedor. Mi madre, además, no lo soportaría porque para ella el comedor es sagrado.

La cuestión es que todo parece muy organizado (lo es) pero yo igual estoy harta. Bueno, estaba.

Harta de ser hija única con todos los inconvenientes y con ninguna ventaja. Harta de

tener que compartir todo con otros, pero de estar siempre sola.

Por eso el jueves a la noche tuve una idea y el mismo viernes la empecé a poner en marcha.

Hablé a lo de mi viejo pero pedí por Lucía. Le pregunté qué iba a hacer este fin de semana y me dijo que nada. Que iría a aburrirse a lo de su padre como todos los fines de semana. Me alegró saber que los patéticos muñecos de su colección no eran parte de su personalidad y nos pusimos de acuerdo enseguida...

Cuando Diego llamó a mi casa y me pidió por su padre (es decir por Juan, el marido de mi mamá) le pregunté lo mismo que le había preguntado a Lucía, y la respuesta fue igual. Dijo que vendría a mi casa, que trataría de no desordenar mucho mi cuarto —que de paso me pedía prestados dos compactos— y no mucho más. Nos pusimos de acuerdo también. Me preguntó si podía incluir al hijo del marido de su madre, Jerónimo, que solía ir a su casa cuando él venía a la mía y le dije que por supuesto que sí.

La cuestión es que el viernes a la tarde el acuerdo estaba sellado y al día siguiente, hoy mismo, cada uno salió de la casa de su madre como si

rutinariamente se fuera a la del padre. Pero no fue así, porque ahora aquí estamos los cuatro, tomando un helado en un *shopping*. Nuestras edades son bastante parecidas (once y doce más o menos) y aunque de hermanos no tengamos nada ¿o sí? nos une un aire de familia que mata.



## MISIÓN CUMPLIDA PARA TÍA SOLE



*A Zule*

**E**l mundo está lleno de tíos. Más nuevos, más viejos, con barba, patillas, o con la cara afeitada. Pelados, peludos, anchos, flacos, petisos, atletas, simpáticos, serios, zumbones... Lo mismo pasa con la tías. El mundo está lleno de ellas. Y hay tías de todo tipo: lindas, bigotudas, estudiosas, pesadas, besuconas, discretas, saludables, chusmas, enfermizas, altas, enanas, en fin...

De todos los tíos y tías del planeta, algunos son míos; es decir, pertenecen a mi familia. Uno de ellos, de ellas –mejor dicho– es mi tía Sole que, aunque parezca exagerado, es la mejor tía del mundo. Más buena que el agua mineral, según mi papá. Más amable que un bombón de cereza. Más feliz que perro con dos colas, dice ahora mi abuela, después de que –durante años– la trató de pavota por no conseguirse un marido.

Lo cierto es que mi tía Sole hoy está radiante y eso nos alegra a todos; especialmente a mi hermano y a mí por dos cosas: una, porque mi hermano y yo tenemos algo que ver con este momento y dos, porque nos perdonó. Ésta es la historia y ocurrió hace un año: cuando mis padres tuvieron una pelea, se amigaron y decidieron regalarse un viaje.

Cuando mis padres nos dijeron que se iban de viaje sin nosotros, a mi hermano, a mi perro, al gato, a la tortuga y a mí casi nos da un ataque. Más aún, hubiésemos querido que el ataque nos diera ¡y bien fuerte!, así les demostrábamos cuánto nos disgustaba que nos dejaran en casa para ir a divertirse ellos solos.

Cuando después nos aclararon que por esas dos semanas vendría la tía Sole a cuidarnos, el ánimo mejoró. Porque a la tía Sole la queríamos en serio y con ella podríamos hacer un montón de cosas prohibidas. ¿Un ejemplo? Comer bombones de cereza a cualquier hora. ¿Otro? Alquilar películas de terror o caminar descalzos. Y no porque la tía Sole fuera de esas personas que no se preocupan

por nada o que se quedan paradas mirando cómo el techo se les cae encima. En absoluto. Pero mi tía Sole amaba los bombones de cereza más que nada en el mundo y por eso los compraba de a cientos. Y además, como no tenía hijos, tampoco tenía la costumbre de pensar en los niños estilo madre, es decir, prohibiendo manjares en favor de los dientes o imaginando a cada rato catástrofes universales como la de agarrarse una pulmonía por invierno.

La cuestión es que el día llegó, mis padres se despidieron con muchos besos y un millón de recomendaciones y en la casa empezó una nueva vida. Era sábado a la mañana, así que la tía se acomodó sin apuro y nos reunió en la cocina.

—¿Quieren comer algo en especial? —nos preguntó dispuesta a todo.

—Sí —dijimos al unísono (incluidas las voces del gato, el perro y la tortuga)—, papas fritas con huevo frito.

—Sus deseos son órdenes —dijo la tía y repitió esta frase durante toda la semana ya que, día tras día a la misma pregunta le respondimos lo mismo.

La vida con Sole empezó de maravillas. Ella se despertaba de buen humor cada mañana,

nos acompañaba caminando al colegio y nos llenaba de bombones los bolsillos del delantal. A la tarde nos ayudaba con los deberes, se sentaba a leer el diario mientras nosotros mirábamos la tele y a la noche, cuando iba a la cocina a preparar la cena, nos pedía que ordenáramos el cuarto. Que recogiéramos lo que durante el día habíamos ido tirando por toda la casa de modo que, después de eso y de darnos un buen baño, nos sentáramos a comer.

Aprovechando el empeño que mi tía ponía en preparar la cena (se pasaba largas horas en la cocina pelándonos papas), mi hermano y yo cumplíamos con sus indicaciones a medias. O mejor dicho, a nuestro modo (algo menos que a medias). Nos bañábamos según las ganas (cuando no, nos mojábamos el pelo) y lo del orden lo resolvíamos con la alfombra; metiendo todo lo que encontrábamos, abajo.

Al principio este sistema no trajo el menor inconveniente. La alfombra del comedor era tan amplia que permitía tapar con disimulo cualquier tipo de objetos.

Con el correr de los días, sin embargo, la situación comenzó a complicarse. Algunos juguetes

de mi hermano y la ropa sucia empezaron a provocar desniveles en el terreno, para felicidad de la tortuga que se dedicó a caminar por el departamento como si anduviera por un suelo montañoso, y más felicidad aún del perro, que vio en nuestra conducta una posibilidad de esconder mejor sus huesos.

El asunto es que los desniveles se fueron haciendo cada vez más pronunciados hasta que el comedor se volvió intransitable. La última en darse cuenta fue la tía Sole que, cuando tomó nota de lo difícil que era caminar sobre la alfombra, fue porque tropezó, se dobló un pie, tuvo que hacer una pirueta increíble para salvar su cabeza y cayó redonda donde pudo. Una de sus piernas pegó contra algo más duro que una pierna y uno de sus brazos también.

Mi hermano y yo la encontramos en el suelo cuando volvimos del colegio. Estaba tan descuajeringada que a pesar del susto no pudimos contener la risa. Nos reímos con los nervios pelados y la tía, pobre, para no preocuparnos se esforzó por reírse también. Claro que, como no se movía y la mueca de sus labios transmitía dolor, fui hasta el teléfono y llamé a una ambulancia.

Igual que en las películas, cuando llegó la ambulancia cargaron a mi tía en una camilla, la llenaron de tablitas por todas partes y se la llevaron. A nosotros nos dejaron con el portero.

La aparición del portero en la escena cambió el curso de la historia. Al menos el de la nuestra. Rober, que al decir de la gente tenía flojo un tornillo, en realidad era un buen encargado. "Misión cumplida", lo llamaban. Porque él tomaba todos sus quehaceres como una especie de misión. Entonces respondía a las necesidades de los vecinos con la entrega de un apóstol: los pisos del edificio parecían espejos y los picaportes, lingotes de oro. Más aún: el hombre repartía la correspondencia una vez al día y para no deprimir a los destinatarios (levantar el ánimo de la gente era otra de sus misiones), a cada sobre que anunciaba una cuenta a pagar, le adhería una flor. Cultivaba alegrías del hogar en la terraza y con eso se las arreglaba.

Como no podía ser de otro modo, cuando vino la ambulancia, "misión cumplida" se apropió de mi hermano y de mí como si fuéramos sus hijos (pavada de misión). En menos de una

hora nos hizo confesar qué había pasado con la tía, nos contó veintiocho cuentos orientales para instruirnos sobre lo mal que nos habíamos comportado y nos dijo que él se haría cargo de todo hasta que llegaran nuestros padres. Entonces puso en orden el departamento y nos mandó a bañar y a la cama. Obviamente, para no escuchar otros veintiocho cuentos con moraleja, mi hermano y yo obedecimos cual corderos.

A la mañana siguiente, cuando trajo a Sole de vuelta, la casa brillaba y nosotros también (parecíamos picaportes). Pusimos a Sole en la habitación que le habíamos arreglado y la atendimos como a una reina. Como a la reina del yeso, pobre. Trabajamos como asnos para que se sintiera a gusto (o al menos nos perdonara), tarea en la que no sólo colaboramos mi hermano y yo, sino además el perro, el gato y la tortuga —aunque a regañadientes—. Hay que destacar especialmente la actitud del gato que, para no causar molestias extraordinarias, pasó toda la semana masticando una misma media, lo que mantuvo sanas y salvas a todas las demás.

Rober, que desde hoy es mi tío, se tomó tan a pecho la misión de cuidarnos, que no se dio cuenta en qué momento se enamoró de Sole y ella

de él. Lo descubrimos nosotros. Cuando, a días de llegar mis padres, empezamos a notar que nuestro buen encargado —en vez de atender la portería— escribía poemas en el brazo enyesado de la tía. Y hubo otra cosa, claro: los bombones de cereza; para cuidar su figura Sole los abandonó. Nos pidió a nosotros que los sacáramos de su alcance y nos llamó a su lado.

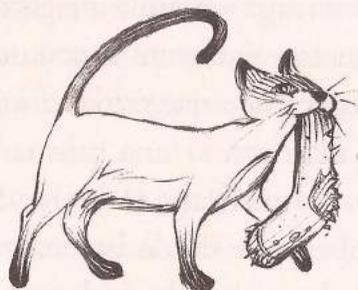
Nos preguntó si lo habíamos pasado bien con ella y le contestamos que sí.

—¿Y vos? —se animó mi hermano.

—De maravillas —contestó Sole.

—¿Misión cumplida? —le pregunté.

—Misión cumplida —nos dijo ella. Y entonces entendimos todo.



## TRES EN UNO



**M**arco, Mauro y Mario son trillizos. Eso no es nada, salvo por un pequeño detalle: que son mis hermanos.

Para mí, todo empezó una mañana, cuando en la casa en que vivíamos mi mamá, mi papá y yo, nos sentamos a desayunar y me dieron la noticia.

—Vas a tener un hermanito —me dijeron. Y entonces yo me deprimí un poco pero también me ilusioné porque creí que agregar un bebé a la familia no era algo tan grave y en una de esas —incluso— el hermanito era nena.

El problema surgió cuando en vez de uno aparecieron tres. Tres bebés hambrientos, llorones y chiquitos como ratas, que además de idénticos resultaron varones.

Desde entonces mi vida es un nudo. No sólo porque dejé de ser hija única, sino porque además debí enfrentarme contra un batallón de clones.

Y es que mis hermanos no sólo me causaron una sorpresa desagradable desde el principio, es decir, desde el momento en que sus ruidos, sus olores y sus cunas ocuparon la casa por completo, sino que al día de hoy, siete años después, todavía me resultan insufribles.

No es que no los quiera, no. Sobre eso todavía tengo dudas. Lo que me pasa es que no logro distinguirlos. Nunca sé quién es quién y por eso, cuando alguno se mete mal con mis cosas, tengo que agarrármelas con los tres al mismo tiempo. ¿Por qué? Muy simple: porque son iguales y cada uno asegura que es el otro. Marco dice que es Mauro. Mauro dice que es Mario y Mario dice que es Marco. Un círculo infernal.

Que yo no pueda distinguirlos no sería un problema si alguien pudiera hacerlo por mí. Es decir: si mis padres, por ejemplo (o mis abuelos, o mis tíos o algún primo, qué sé yo), supieran cuál es cuál. Pero ellos tampoco lo saben. Mi familia, como el resto del mundo, está presa de la firme decisión de los trillizos de no dejarse identificar.

Hasta tal punto los trillizos no quieren que se los distinga que, si mi papá los lleva a la peluquería y pide al peluquero que les haga un corte

distinto a cada uno, ellos rápidamente se las ingeniaron y se rapan los tres.

¿Qué ganan?, es la pregunta. Muchísimo, la respuesta. Porque cuando un trillizo mete la pata y no se sabe quién fue, resulta un poco injusto retarlos en masa. Y cuando alguno se merece un premio y van todos a recibirlo... ¿quién lo ganó? Para no equivocarse, se resuelve premiar a los tres.

Y así están las cosas ahora:

Si uno llama a Mauro, por ejemplo, el trillizo responde. Pero eso sí; puede ser Mauro o no, depende de ellos.

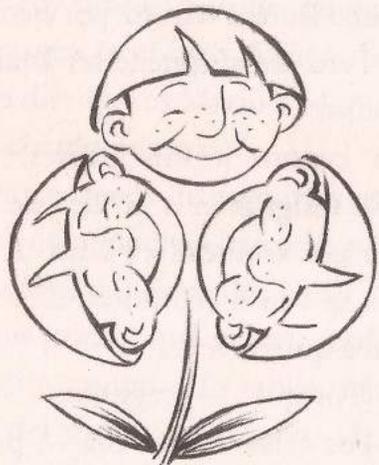
En cuanto a mis padres, colgaron los guantes. Se resignaron a la idea de que hay que hacer todo por triplicado y listo. A evitarse problemas. Ya se van a enamorar, dice mi mamá. Y entonces los quiero ver...

—¿Por qué? —pregunto.

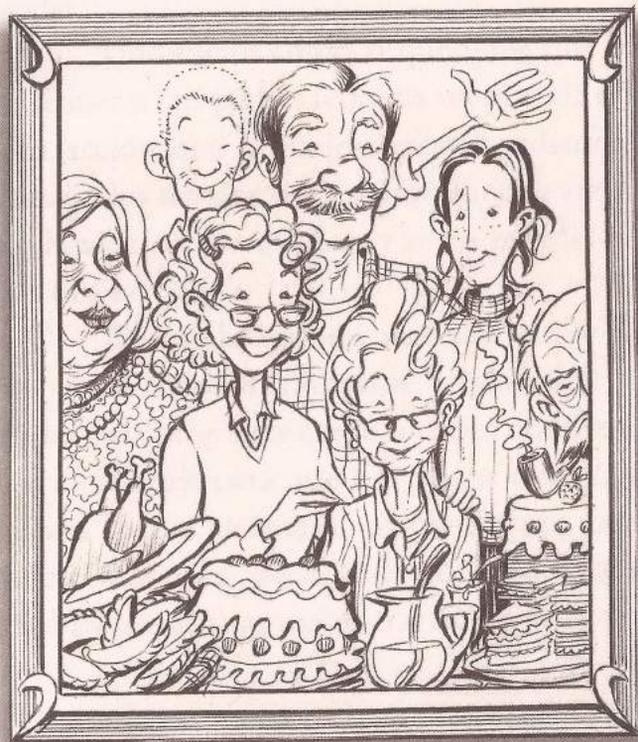
—Por celos —dice ella—, porque a nadie le gusta compartir la novia.

—Está bien —opino— pero para eso falta mucho. Así que mejor no me doy por vencida. Sigo pensando algún plan para dividirlos, algo para que

a cada uno de mis hermanos le interese ser el que es y no confundirse con los otros. De momento no se me ocurre nada. O mejor dicho, sí: haberles contado esta historia. Mi intención es que ustedes también piensen y, si por casualidad tienen alguna idea sobre cómo desenredar esta madeja, me lo hagan saber cuanto antes.



## LA FIESTA INOLVIDABLE





Esa misma mañana, la del día en que tendría que mostrar mi boletín, mi madrina se despertó en su casa pensando en nosotros. En el tiempo que había pasado desde que nos había visto por última vez, especialmente a mí que soy su único ahijado. Así que, presa de una culpa incontrolable (mi madrina suele ver telenovelas), empezó a preparar docenas de empanadas con las que se propuso sorprendernos por la noche: jamás venía a casa sin aviso y mucho menos con las manos llenas.

La tarde previa a esa noche (la noche en que yo tendría que mostrar mi boletín), mi papá miró el almanaque y recordó que era su aniversario. Fue una iluminación, contó después. Una verdadera iluminación ya que, en los quince años que llevaba de casado, la que siempre había recordado la fecha era mi mamá. Así que, en un gesto que no lo caracterizaba, pidió un adelanto de su sueldo, se retiró de la oficina unos minutos antes y pasó por un restorán chino donde encargó —para esa misma velada— una cena completa para toda la familia. Una exquisita variedad de

platos orientales que traerían a casa en el horario perfecto: antes de que mi madre o alguno de mis abuelos se pusieran a cocinar.

Cuando esa mañana salió para su trabajo —también lo supimos después— mi mamá tuvo la sensación de que se estaba olvidando de algo. ¿Era el cumpleaños de mi abuela? ¿Teníamos hora en el dentista? ¿Se había ido sin saludarnos? No estaba segura, pero como en los últimos tiempos andaba tan ocupada con sus exámenes (había retomado la facultad), sintió que nos estaba abandonando un poco y volvió temprano a casa para hacernos una comida especial.

En resumidas cuentas:

A las ocho de esa noche en la que tendría que mostrar mi patético boletín, mi abuela empezó a poner la mesa. Pero no como siempre sino en el comedor y con velas. Porque había jugado a la quiniela a escondidas de mi abuelo, había ganado y, para evitarse sermones, había contratado un *lunch*: un surtido de saladitos y una sidra para brindar.

A las ocho y cinco sonó el timbre por primera vez. Era mi madrina con ciento veinte empanadas.

Unos minutos más tarde, un joven con cara de chino depositó en la mesada los manjares que mi papá había encargado.

A las ocho y media aproximadamente, mi mamá sacó del horno la última de las siete tartas que había hecho para impresionarnos y a las nueve, claro, los de la confitería se aparecieron con las masas y los tres kilos de torta de chocolate.

—¿Qué celebramos? —preguntó furioso mi abuelo que estaba a dieta.

Y ya alrededor de la mesa, los demás nos miramos esperando que alguno dijera algo.

—¡Celebramos el reencuentro! —probó mi madrina. Y a todos nos pareció medio raro.

—¡El amor! —dijo mi papá y se puso colorado cuando miró a mi mamá, que de repente se acordó de la fecha y también lo miró.

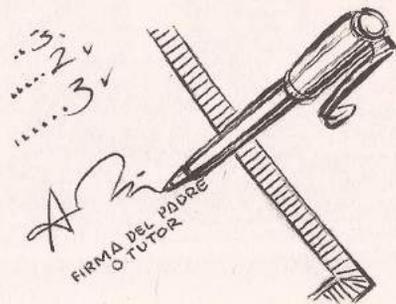
—¡Nuestro amor! —brindó ella exagerando, o sea, tratando de que le salieran corazoncitos de los ojos y se hicieran visibles.

—Y la suerte en el juego —se apuró mi abuela. No fuera a ser cosa de que alguien la atacara con el refrán.

Y cuando todos los ojos se clavaron sobre mí, es decir, cuando sólo faltaba que dijera algo yo, tomé el boletín en mi mano y lo alcé como una copa llena.

—Celebramos el futuro —arriesgué—. El poder ser mejores día a día —insistí con vehemencia. Y esgrimendo el boletín como ejemplo de mis dichos, agregué—: El saber reconocer nuestros errores de hoy para intentar corregirlos mañana.

Emocionante. Cuando las lágrimas y los aplausos se fueron cerrando detrás de mis palabras, le acerqué una lapicera a mis padres y les pedí que me firmaran la libreta. Apenas lo hicieron —ciegamente orgullosos—, fui a llamar a unos vecinos para compartir la comida. Comimos hasta las doce. Bailamos hasta la una y después —después de dormir a pata suelta—, otro día arrancó como siempre.



## LA MUDANZA



Cuando trajeron los canastos mi papá no estaba. Mejor. Con su manía de aprovechar el espacio se hubiera pasado toda la mañana apilando uno arriba del otro en los distintos rincones del departamento. Como si esas cajas de mimbre fueran cubos de juguete.

En estos canastos, nos dijo mi madre entonces, tiene que entrar toda la casa menos los muebles y las paredes. Las paredes quedan (se hizo la graciosa) y a los muebles los cargan aparte. ¿Está claro?, preguntó. Y si estaba claro o no, no era una respuesta que esperara de nosotros, sino más bien una advertencia que ella se hacía a sí misma y al mundo entero, sobre la que se nos venía encima, hasta estar instalados en la nueva casa. La mudanza se haría en tres días, razón por la cual había que empezar a trabajar de inmediato.

Antes de continuar esta historia habría que aclarar dos cosas: una, que la manía de mi padre por el espacio no es del todo infundada, ya que sus hijos somos cinco y ocupamos bastante lugar.

Y segundo, que además de los siete integrantes de la familia, con nosotros suele estar siempre Pocha, una vecina cuyos defectos son exactamente sus virtudes. O sea:

- que siempre está cuando uno la necesita (virtud) pero nunca se va cuando lo que uno necesita es que se vaya (defecto);
- que es buena (virtud), tan buena que no se le puede decir que no, a nada (defecto).

Como no podía ser de otro modo, apenas empezaron a subir los canastos vacíos por el ascensor, Pocha entreabrió su puerta para ver qué pasaba en casa y en dos segundos se hizo cargo de la situación.

Vino corriendo con sus pasitos de hormiga laboriosa a nuestro departamento y se dirigió directamente a donde estaba mi madre tratando de organizar el caos. Entonces se abrazó a ella y en una sola frase le dijo: *“Cuánto los voy a extrañar*

*mis queridos ojalá no se fueran dónde voy a encontrar una amiga como vos, vecinos como ustedes que son como mi familia, pero no te preocupes ahora te voy a ayudar en todo lo que haga falta no voy a llorar me voy a arremangar para llenar los canastos y cuando no estemos cerca los voy a ir a visitar y van a venir ustedes a casa para que nunca nunca nunca nos dejemos de ver”.*

Cuando Pocha por fin respiró —cosa que hacía poco al hablar—, mi madre la apartó suavemente de sí y le pidió que volviera a su casa para que la nuestra estuviera más despejada. ¿Eh, Pochita?, le dijo palmeándole el hombro. Entonces Pocha interpretó el mensaje a su modo y sin decir agua va, se metió en nuestra cocina y se puso a preparar unos mates. Para que mi madre se sintiera acompañada y nosotros —los chicos— supiéramos que ella *“ni loca ni ebria ni dormida antes muerta”* nos abandonaría en un trance tan difícil como éste.

Esa noche, cuando llegó mi papá del trabajo, estuvo a punto de empezar a mover inútilmente los canastos, pero mi mamá lo frenó justo a tiempo y le pidió que se sentara a la mesa. Quería

que, en una reunión de familia (y de vecina, porque Pocha se las había ingeniado para estar presente), resolviéramos qué parte de la casa guardaría cada uno. Pocha nos había preparado una cena sorpresa así que tenía derecho a comer con nosotros. Cocinaba como los dioses por lo que nadie –aun a punto de mudarse– se hubiera negado a compartir sus manjares. Mucho menos si la opción eran las salchichas con puré de mi mamá.

Al día siguiente empezó la labor. Al principio fue todo más fácil. Mis hermanos y yo nos dedicamos a guardar la ropa, los juguetes y los libros según las instrucciones recibidas. O sea: sin quedarnos tres horas releyendo un viejo cuaderno –menos que menos revistas– y tirando en grandes bolsas los objetos inservibles (gran tema para un debate con los padres: ¿es un objeto inservible el papel metalizado de un bombón que alguien nos convidó especialmente? ¿Y una colección de corchos?).

Mientras, mi madre envolvía los platos y las copas en papel de diario para que luego mi padre –como en un tetris– acomodara todo en los canastos de mimbre reservados para lo más frágil.

¿Qué hacía Pocha entre tanto, que no estaba en su casa? Sin que nadie se lo hubiera pedido, descolgaba cuadros del living, juntaba adornitos y en una actividad febril que desarrollaba a sus anchas porque nadie le prestaba atención, metía los objetos donde encontraba algún hueco. Eso lo supimos después, por supuesto, cuando Pocha nos anunció con aire triunfal que el comedor estaba listo. Pero, sobre todo, cuando una vez que desembarcamos en la nueva casa aparecieron –entre otros detalles– tres ceniceros debajo de las bombachas de mi hermana, y un florero de plástico adentro de un zapato de mi papá.

El segundo y último día de desarme llegó tan pronto que no nos dio tiempo a reponernos del primero. Y de entrada, nomás, se desataron los problemas: por un lado empezamos a sentirnos tristes (después de todo íbamos a dejar la casa donde habíamos nacido mis cuatro hermanos y yo). Por otra parte, los canastos empezaban a escasear cuando todavía faltaba embalar tenedores, broches, sogas, el contenido de tres mesas de luz, boletas de impuestos, colecciones de estampillas, sombreros, frasquitos,

servilletas, repasadores, los dos costureros y otro montón de artículos imprescindibles. Por último, nos dimos cuenta de que sólo nos quedaba esa jornada antes de que viniera el camión a llevárselo todo, de modo que tendríamos que redoblar el esfuerzo y trabajar a ritmo de bestias.

Y eso fue lo que hicimos desde la mañana mis padres y nosotros, alentados por Pocha, que iba y venía de una habitación a la otra, guardando en cualquier parte lo que se le cruzaba en el camino; cada vez más loca y desorientada y desorientándonos al resto, que fuimos absorbidos por ese remolino y terminamos metiendo donde fuera lo que fuera.

Hasta que a una indescifrable hora de la noche el departamento quedó vacío y pelado como un recién nacido y nos encaminamos a dormir. Ninguno se dio cuenta en qué momento Pocha dejó de estar entre los canastos y la familia, pero a esa altura del cansancio el no verla resultó un alivio. Y aunque mi mamá se sintió un poco culpable por no haberle agradecido el esfuerzo antes de que se fuera a su casa —ni siquiera la vio irse—, decidió saludarla a la mañana siguiente.

Y el día de la mudanza llegó. A las siete en punto sonó el portero eléctrico y de un camión estacionado en la puerta del edificio bajaron los tres peones que cargarían nuestra casa en el acoplado.

A eso de las ocho y media mi mamá fue a buscar a Pocha para que por fin nos despidiéramos de ella y como nadie abrió la puerta (nadie era Pocha porque vivía sola), calculamos que habría salido. O que no podría despertarse del cansancio.

Mejor. Así no insistía en venir a conocer la nueva casa esa misma mañana ni se ponía a llorar a los gritos. Al fin de cuentas extrañarla nos haría bien a todos, especialmente a mi papá, que no entendía por qué mi mamá la soportaba tanto. (Mi mamá tampoco lo entendía, pero ya no le importaba porque para eso íbamos a vivir en una casa y no en un departamento atiborrado de vecinos).

La cuestión es que llegó el momento de la partida y nos fuimos.

Cuando pisamos casa nueva, todo lo que había sido mucho se transformó en el doble. O

sea: todo lo que habíamos acomodado había que desacomodarlo y volverlo a acomodar. Los peones dejaron los canastos llenos más o menos donde pudieron y, salvo las camas, el resto de los pocos muebles que teníamos los arrinconaron en el comedor según directivas de mi padre, que quería analizar cómo aprovechar mejor el espacio.

Y la vida continuó de esta manera: vaciando canastos. Las grandes cosas sabíamos dónde estaban. La ropa, los libros, los platos. Era lo primero que habíamos guardado e incluso señalado. Ropa, decía donde estaba la ropa. Frágil, decía donde se hallaban los vasos.

El problema surgió a la tarde, cuando mi papá preguntó por su máquina de afeitar y mi hermana mayor, que esa noche tenía una fiesta de quince, nos imploró, rogó y lloró que encontráramos el par de aritos que le hacía juego con el vestido que se quería poner. Nadie recordaba dónde había ido a parar la máquina de afeitar de mi papá, y mucho menos los aros de mi hermana. Así que, lo que empezó como un desarme planificado, en poco tiempo se convirtió en una especie de postal de guerra: para no perder tiempo en la búsqueda, empezamos a dejar en el piso todo lo que sacábamos

de los canastos, por lo cual, en menos de media hora, una superposición de objetos e insultos provocó una montaña de escombros.

Pero eso no fue lo increíble y ni siquiera lo más grave.

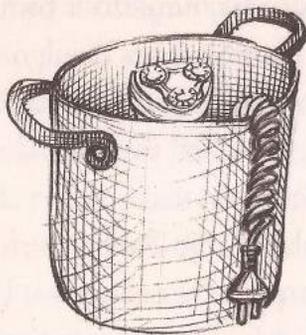
Lo peor fue que a medida que empezamos a vaciar canastos no señalizados, éstos en los que convivían carteras con coladores y enchufes con velitas de cumpleaños, descubrimos que no había ninguna pista para mejorar la búsqueda. Cualquier cosa podía aparecer en cualquier parte.

Y en eso estábamos —pensando cómo ayudar a mi hermana sin quedar sepultados bajo las cosas— cuando de un canasto que había resultado más pesado que los otros, empezó a brotar una especie de mole. Una extraña masa de algo que, a medida que se elevaba, despedía objetos de su contorno y adquiriría lentamente el formato de un humano. Más precisamente, un vecino:

—¡Hola! —dijo Pocha contenta, sacudiéndose lo que le quedaba encima—. ¿Ésta es la casa nueva? Cuando los chicos me metieron en el canasto creí que no se daban cuenta de lo que hacían pero enseguida pensé lo contrario, que querían traerme. Así que aquí estoy y con una sorpresa.

Pocha entonces salió toda del canasto, se estiró un poco los huesos y pidió que la lleváramos a la cocina. Primero destapó una cacerola y sacó la máquina de afeitar. Enseguida preguntó por una vieja azucarera y, al darla vuelta, dejó caer sobre la mesada los aritos de mi hermana.

—¿Era esto lo que buscaban? —preguntó preocupada. Y aunque tardamos un poco en reaccionar, el reencuentro fue tan oportuno que la abrazamos, nos dimos una tregua y salimos los ocho a tomar un helado.



## SILVIA SCHUJER

Nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. Cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano y asistió a numerosos cursos de perfeccionamiento en el área de las letras. Fue directora del suplemento infantil del diario *La Voz*, secretaria de redacción del periódico *Mensajero*, de la revista infantil *Cordones sueltos* y realizó colaboraciones en distintos medios gráficos. Ha desarrollado una importante labor orientada a los niños en la Secretaría de Derechos Humanos del gremio de prensa y ha sido coordinadora general del Departamento de Promoción y Difusión de Libros para Chicos y Jóvenes de Editorial Sudamericana.

En reconocimiento a su labor literaria ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre otros, el Premio Casa de las Américas 1986 por su obra *Cuentos y chinventos* y el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, 1995. *Las visitas*, además, integró la lista de honor IBBY en 1994.

Entre sus más de cuarenta obras publicadas se encuentran *Oliverio Juntapreguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *Lágrimas de cocodrilo* y, en Alfaguara, *El tren más largo del mundo*, *Mucho perro*, *Las visitas* y *La cámara oculta*.

Muchas de sus obras fueron traducidas a otros idiomas.

## ÍNDICE

---

El tesoro escondido .....	7
Tío Néstor cocina los viernes .....	15
Gran hermano .....	21
La única dama .....	29
Éramos pocos .....	35
Familia en cadena .....	43
Misión cumplida para tía Sole .....	49
Tres en uno .....	59
La fiesta inolvidable .....	65
La mudanza .....	73
Biografía de la autora .....	85

DESDE **10** AÑOS

# El tesoro escondido y otras fotos de familia

Silvia Schujer

Ilustraciones de PEZ

¿Qué pasa cuando llega de visita una prima casi perfecta que vive en el extranjero? ¿Cómo se convive con hermanos trillizos o quién se queda en casa cuando los padres se van de viaje?

Estas y otras situaciones cotidianas darán origen a las desopilantes historias de este nuevo libro de Silvia Schujer. A modo de álbum familiar, retrata escenas en las que sus protagonistas –padres, hijos, hermanos, abuelos, primos, tíos y hasta una singular vecina– nos sorprenderán. Con el talento de una de las autoras más reconocidas de nuestra literatura infantil, *El tesoro escondido* nos promete cuentos divertidos, mucho ingenio y una mirada siempre lúcida sobre los vínculos familiares y el mundo de los chicos.

ALFAGUARA  
  
INFANTIL

ISBN 987-04-0122-8



9 789870 401223